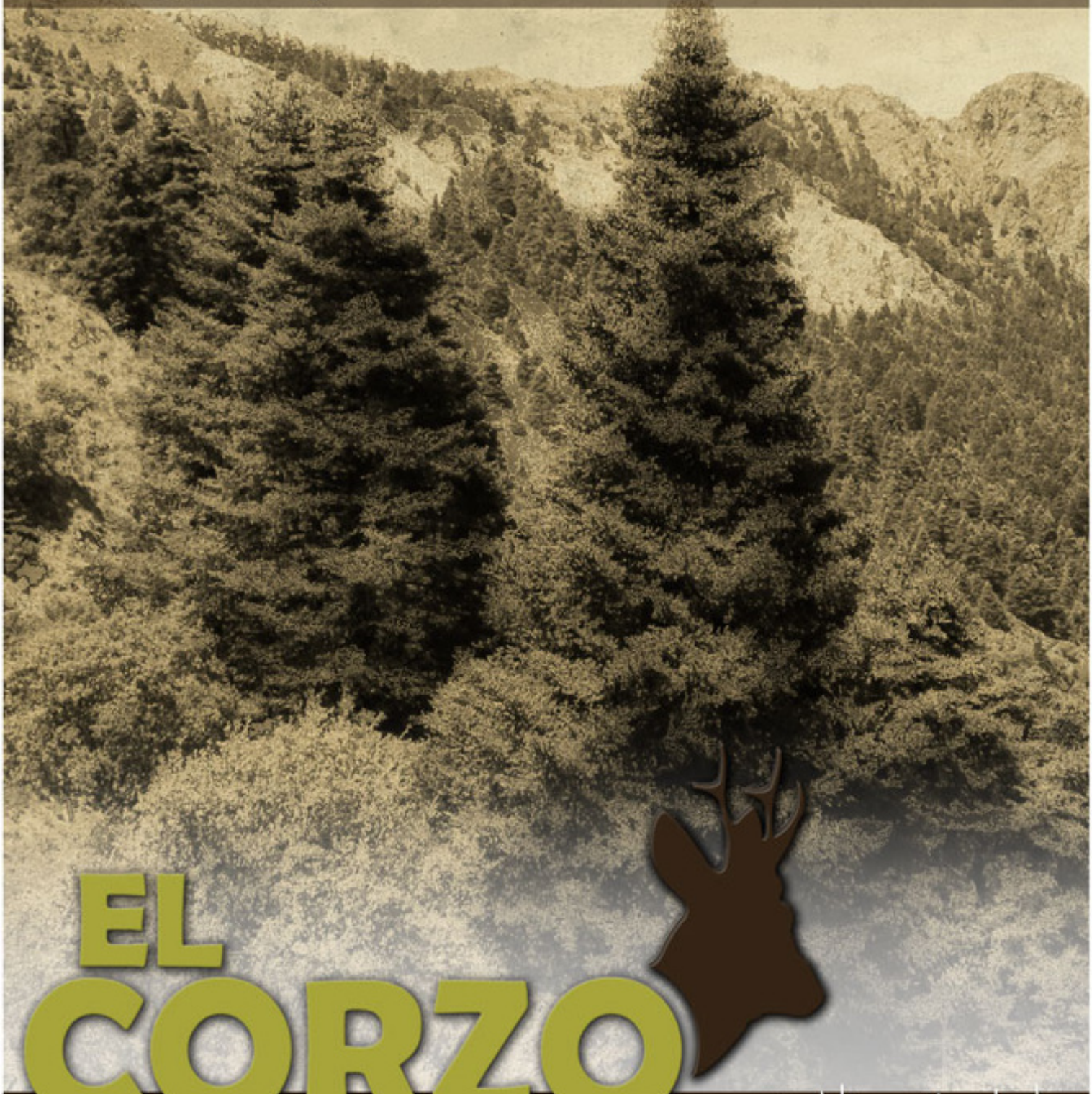
CUANDO EL PINSAPAR DESAPARECIÓ

Crónica de un viaje botánico desde Suiza a Grazalema

José Manuel Amarillo Vargas



EL CORZO

una publicación de la

Sociedad Gaditana de Historia Natural

EL CORZO
VOLUMEN III - AÑO 2015
Sociedad Gaditana de Historia Natural

CUANDO EL PINSAPAR DESAPARECIÓ
Crónica de un viaje botánico desde Suiza a Grazalema

José Manuel Amarillo Vargas

"La península ibérica es un pequeño continente, un mundo en sí mismo, no sólo por su configuración geográfica, sino también por su topografía. Costas llanas, deltas, montes abruptos, montañas costeras, llanuras, picos nevados, todos los climas que dependen de la altitud se pueden encontrar allí".

Robert Hippolyte Chodat (1865-1934)

Entre los años 1837 y 1838 el botánico suizo Charles Edmond Boissier realizó varias excursiones botánicas por la Serranía de Ronda y la Sierra Bermeja de Estepona. En ocasiones iba acompañado por sus amigos y farmacéuticos malagueños Pablo Prolongo y Félix Haenseler. Subían a la sierra para observar aquellos abetos andaluces que todavía nadie había descrito para la Botánica. Poco después Boissier publicaría la primera descripción científica del pinsapo, que a partir de ahí pasaría a los anales de la botánica como *Abies Pinsapo* Boiss. 1838.

Unos 70 años después, otro botánico, el alemán Franz Wilhem Neger, de la Universidad de Munich, pasaba 14 días en Málaga visitando la Serranía de Ronda. Llegó atraído por la existencia de aquellos bosques de pinsapos que otros colegas habían visitado desde que Boissier publicara aquel su primer trabajo *Notice sur l'Abies pinsapo*.

Naturwissenschaftliche Zeitschrift
für
Land- und Forstwirtschaft.

Zugleich Organ für naturwissenschaftliche Arbeiten aus der botanischen, zoologischen, chemisch-bodenkundlichen und meteorologischen Abteilung der Kgl. Bayer. Forstlichen Versuchsanstalt in München, der Kgl. Bayer. Agrikulturbotanischen Anstalt in München, der Kgl. Bayer. Moorkulturanstalt in München, der landwirtschaftlichen Abteilung der Kgl. Bayer. Technischen Hochschule in München, der landwirtschaftlichen Abteilung der Kgl. Bayer. Akademie in Weihenstephan, sowie der Kgl. Bayer. Saatzuchtanstalt in Weihenstephan.

5. Jahrgang. August 1907. 8. Heft.

Die Pinsapowälder in Südspanien.

Von F. W. Neger, Tharandt.

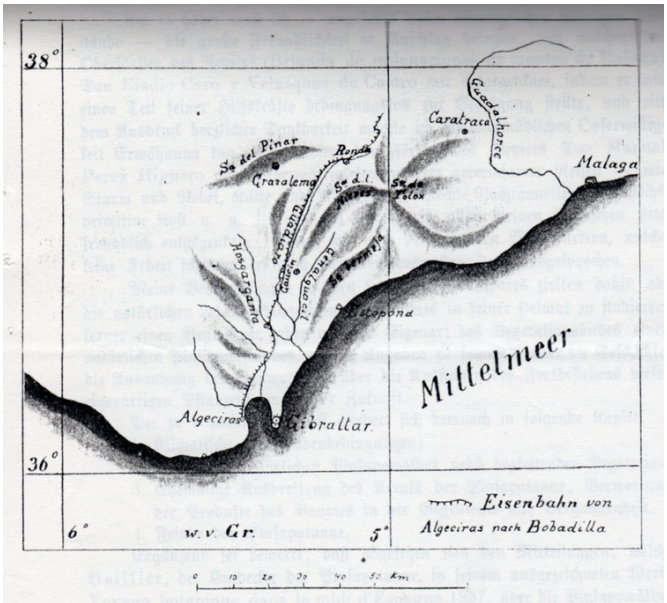
(Mit 1 Kartenskizze und 5 Textabbildungen.)

Die Pinsapotanne — Abies pinsapo[1]) Boiss. — hat ein sehr beschränktes natürliches Verbreitungsgebiet. Die größten Bestände finden sich in der Provinz Malaga; stellenweise greift das Areal des Baumes in die Provinz Cadiz über.

Portada del artículo de F. W. Neger sobre los bosques de pinsapo

Neger también publicó sus investigaciones sobre el Pinsapo y sus bosques. Visitó principalmente los de la Sierra de las Nieves y los de Sierra Bermeja. Su artículo apareció en 1907 en la revista *Naturwissenshaftliche Zeitschrift für Land und Forstwirlschaft*, editada en Munich, con el título *Die Pinsapowälder in Südspanien* (Los bosques de Pinsapo del Sur de España).

En ese trabajo Neger escribía: "*El hombre nórdico une las palabras Málaga y Cádiz a la idea de un clima muy caluroso y seco, y en realidad estas dos provincias españolas se encuentran entre las más calurosas de Europa. Pero ello solo es cierto para las zonas más bajas y cercanas a la costa. El macizo montañoso situado entre Málaga y Cádiz alcanza la considerable altitud de 2.000 m. Los pinsapos solo se sitúan en las partes altas del macizo y ello siempre ha sido así. La mayor masa de pinsapos existente hoy en día son las 600 hectáreas que se encuentran en la Sierra de las Nieves, zona central de la Sierra de Ronda. La segunda masa de pinsapos, de cerca de 60 Ha, se encuentra en la Sierra Bermeja de Estepona. Pequeños restos de masa, que sin lugar a dudas fueron considerables en tiempos pasados, se encuentran en la Sierra de Grazalema que pertenece a la provincia de Cádiz, en la Sierra del Pinar, a 1700 m. sobre el nivel del mar*".



Mapa de F. W. Neger de las sierras meridionales de Málaga y Cádiz

El final de esta descripción dejaba en mal lugar al Pinsapar de Grazalema. Podría adivinarse que casi al borde de la extinción en la provincia de Cádiz. El otro núcleo entonces existente de pinsapos gaditanos, en la vertiente noroeste de la Sierra de los Pinos, término municipal de Villaluenga del Rosario, pasó desapercibido para botánicos y viajeros hasta casi su desaparición pocos años después. Mas adelante Neger, que nunca llegó a visitar el Pinsapar de Grazalema escribía: *"Por lo que he oído en Ronda, en la Sierra del Pinar ya solo quedan pequeños grupos de pinsapos, los últimos que todavía no han sido convertidos en carbón"*.

Pocos meses después de su publicación este trabajo llegaba a manos del profesor Robert Hippolyte Chodat, farmacéutico y botánico miembro de la Societé Botánique de Geneve; la misma institución que años antes acogiera a su compatriota Edmond Boissier. Chodat se encontraba preparando una expedición, auspiciada por la Universidad de Ginebra, a la península ibérica. No era la primera vez que viajaba a España, pero para esta ocasión ya tenía claro donde acabaría ese periplo botánico por el sur de Europa. Objetivo claramente marcado por aquellas opiniones de Neger sobre el casi desaparecido pinsapar grazalemeño. Chodat, buen conocedor de las trabajos de E. Boissier, no podía ni quería imaginar que uno de los mas bellos bosques de su admirado abeto andaluz pudiera desaparecer.

El 23 de marzo de 1908 acompañado por un selecto grupo de alumnos universitarios llegaba a Barcelona. Escogió la cuenca del río Llobregat para su primera excursión botánica. La describiría como una llanura aluvial surcada por el río y sus canales, y rodeada de huertos llenos de frutales. Muy cerca Gavá, rodeado de olivares y en cuya costa le llamó la atención los numerosos ejemplares de palmito. Y mas al sur la pequeña estación balnearia de Sitges, donde pudo ver numerosos jardines con bellos árboles exóticos.

De Barcelona tomaron el tren hacia Zaragoza. En el trayecto se asombraron de la extrema aridez del paisaje a pesar de estar cruzando el gran valle del Ebro. Cuenta como la lenta marcha del tren les permitía ir identificando y anotando las especies que iban quedando a un lado y otro de la vía. Incluso las inesperadas paradas del tren en medio de la nada, que se alargaban inexplicablemente, eran aprovechadas para herborizar las plantas mas cercanas. Tuvo que parar a sus alumnos, que en su "furia botánica" llegaron a proponerle accionar el freno de emergencia para que el tren parase en algún lugar que preveían interesante. Ya de noche el tren les dejaba en *"Saragosse"*.

En Zaragoza les recibe una delegación de la Sociedad Aragonesa de Ciencias Naturales. Será el jesuita padre Navas quien se prestará a hacer de guía en la segunda excursión botánica, en el entorno de

El padre Navas y un alumno en el despoblado de Torrero, junto a Zaragoza. Foto: R.Chodat

la capital maña. Mientras los suizos tomaban notas y una numerosa muestra de plantas veían como el padre Navas utilizaba su sotana para cazar mariposas, la entomología parecía interesarle mas que la botánica. La lista de plantas halófitas y gipsícolas fue interesante en esta excursión por los yermos y baldíos campos aragoneses.

Desde la colina de Bella-Vista, sobre la ciudad de Zaragoza, esta se les antojaba como una especie de bello oasis rodeado de terrenos áridos y deshabitados. Una ciudad agradable y verde gracias a las conducciones hidráulicas que diseñara, en su día, el ingeniero del rey Antonio Pignatelli y Moncayo.

Antes de marchar de Zaragoza el padre Navas les mostrará las colecciones naturalistas que se guardaban en el colegio jesuita de San Salvador, donde era profesor, de lo que quedan gratamente sorprendidos por el orden y cuidado con que se mantienen. Y para finalizar la jornada visitan la Seo y el Pilar, las dos principales iglesias de la ciudad.

Siguen el viaje en tren. Se dirigen a Portugal en un vagón de 3ª clase del que prefieren olvidar las compañías ("*jamais nous n'avons rencontré pareille racaillé*"). Duermen lo que pueden y despiertan ya por Extremadura. Desde las ventanillas disfrutan los paisajes llenos de cistáceas, "*les jarales espagnoles*". En la frontera hispano-lusa se pasan al vagón de primera, lo cual agradecerán para el trayecto que les queda hasta Lisboa.

En la capital lusa visitan el Jardín Botánico guiados por su director y su conservador, señores Coutinho y Cailleux. Lo destacan como uno de los mejores del sur de Europa. También visitan varios jardines de la ciudad y los jardines reales, donde quedan admirados con los arboretos y las colecciones de araucarias, con hasta cinco especies.

Desde Lisboa hacen varias excursiones. A Sintra, donde pueden ver más jardines con mucha flora importada desde las colonias y dar un paseo de subida al Palacio da Pena y así ver flora autóctona. También al Cabo da Roca, del que no les atrae especialmente su flora pero si sus vistas al acantilado. Para algún suizo es su primer asomo al Océano Atlántico. Y a Cascais donde recolectan interesantes especies en zonas de prado y rocalla junto a la costa.

Antes de abandonar Lisboa visitan dos instituciones científicas de renombre como son el Museo Geológico y la Sociedad Geográfica. Dejan la ciudad con una muy buena impresión, ya que les recuerda por su pulcritud, modernidad y buenas maneras a la muy cívica capital de Inglaterra.

Quejigo y peonías en la Sierra de Arrábida. Foto: R.Chodat

En esta ocasión será el barco su medio de transporte hacia el sur. Al atardecer cruzan el amplio estuario del Tajo para después rodear la península de Setúbal y llegar a tal ciudad para hospedarse en el Hotel Esperança. Para Chodat un hotel que lo único que tiene bonito es el nombre. La ciudad está llena de naranjos, ya sea en sus calles, jardines o huertos. Cuando prueba su fruto queda maravillado por su sabor, que es mejor que otras naranjas que ha probado (por este orden) de Sóller, de Andraixt, de Barcelona, de Valencia, de Denia, de Murcia, de El Chorro Málaga y de la misma Córdoba. Aunque reconoce que las vistas a la desembocadura del río Sado desde la escarpada costa hagan tan deliciosas esas naranjas de Setúbal. Una excursión botánica por la cercana Serra de Arrábida, en torno a la ruinosa Cartuja do Bon Jesús, les deparará una buena colección de plantas. Curiosamente las zonas de *maquis-forèts* (monte y bosque cerrado en francés) les recuerda a la región

au sud de l'Espagne, dans ce paradis terrestre qu'est la Sierra de Tarifa, de Palma et de Rompe Coche et Almoraïma pres Algésiras que visitó en un viaje anterior. Incluso el listado de flora que consiguen es muy similar a los que tiene de las sierras del Estrecho: madroños, quercus, peonías, olivillas, euforbias, genistas, sideritis, pulicarias, matagallos, espárragos; incluso el típico helecho epífito *Davallia canariensis*, que ellos conocen como "filis portugués". Mientras hacían pique-nique en las ruinas del convento uno de los alumnos enseñó la cabeza de un santo que había encontrado entre la vegetación que cubría los muros. Cuando el guía local vio aquello corrió con ella para depositarla en un lugar adecuado con la precaución de un hombre temeroso de algún castigo divino.

Desde Setúbal cruzan en una barcaza la bahía hasta la arenosa península de Troia. De paseo por las dunas y pinares de Troia encuentran ejemplares de Camarina, *Corema album*, *la plante atlantique par excellence,* de la que prueban sus frutos. Quedan asombrados por el esplendor de las *dunes fleuries* de Troia. Las ononis, escrofularias, tomillos, armerias, cistáceas, clematis, anagallis, anchusas, senecios, lotus, silenes, linarias, amapolas marinas…, todas en flor, les dejan maravillados. Sin olvidar la olorosa manzanilla basta, *Helichrysum serotinum*, que describiera su compatriota Boissier. Aunque Chodat destaca entre todas a dos bellezas en flor. La campanilla de primavera *Leucojum trichophyllum*, tan pequeña y delicada sobre la arena y que ya vieron, en un viaje anterior, en los pinares *de Santa-María près de Cadix*. Y la aromática lavanda, que suelen ver cultivada en los campos de la Provenza; aunque aquí se trate de una especie diferente, *Lavandula pedunculata*, endemismo ibero-norteafricano. En torno a una laguna salada encuentran especies habituales como salicornias, suaedas y atriplex. Se marchan de Troia, no sin antes visitar sus ruinas romanas casi cubiertas por la arena, pero con el propósito de volver en otra expedición futura.

Salen de la península de Setúbal por Palmela, donde paran para una excursión botánica por sus peñas de caliza dolomítica y donde también visitan su enhiesto castillo de la Orden de Santiago. Desde Palmela toman de nuevo el tren hacia el sur. Bajan por el interior portugués, el Alentejo, donde les aburre el continuo y fértil paisaje cultivado de viñedo y cereal, del que dicen *c'est le grenier du Portugal*. Bien entrada la noche, ya en el Algarve, bajan en la estación mas cercana a Monchique, su destino botánico para unos días después. Están en Vila Nova de Portimao y son las cinco de la mañana cuando una señora les atiende y acomoda en una casa con habitaciones pequeñas y estrechas pero, eso sí, limpias. Cerca de Portimâo herborizan en la costa y en saladares litorales.

Pueblo de Ferragudo. Foto: A. Lendner

Entre las plantas colectadas destacan el *Otospermum glabrum*, una margarita grande y rara que solo conocen de citas en Túnez, Marruecos y ahora ven aquí en el sur de Portugal. De paso visitan el pequeño pueblo de Ferragudo, un caserío encantador de casitas pequeñas y encaladas construidas sobre una elevación rocosa junto al estuario.

Desde Portimao alquilan un coche tirado por tres caballos para que les lleve a Vila do Obispo, el penúltimo punto habitado antes del Cabo de San Vicente. En el camino disfrutan de bellos paisajes, cruzan aldeas sin nombre, pasan bajo molinos de viento pintados de vistosos tonos azules y rojos, y pisan unos exuberantes campos en flor, por lo que constantemente hacen parar al cochero para ver una planta o hacer una fotografía. A destacar la rara *Armeria littoralis*, endémica de este cuadrante de la península. Es el día 3 de abril de 1908 y el buen tiempo les sigue acompañando.

Al atardecer llegan a Vila do Obispo, un pequeño pueblo rodeado de numerosos molinos

que aprovechan los vientos del cabo. En uno de ellos les enseñan como cuajan la leche con la flor de la alcachofa y también con savia de higuera. Y prueban los tubérculos tostados de *Cyperus esculentus,* las chufas.

Molinos de Vila do Obispo. Foto: V. Freedericksz

Son las seis de la mañana del día siguiente y la comitiva suiza se dispone a ir andando desde Vila do Obispo hasta Sagres y seguir hasta el mismo cabo San Vicente. Como es sábado les acompaña el cura, que da la misa ese día en Sagres y los domingos en Vila. Van herborizando todo el tiempo y recopilan en el trayecto más de 60 especies. Entre ellas *Poterium ancistroides*, una rara rosácea que Chodat ve diferente y se atreve a denominarla como var. *vicentinum*.

Sagres apenas cuenta con una veintena de casas y un pequeño almacén que hace de puesto de correos. Ven como las mujeres se dedican, sentadas junto a los cañaverales, a trenzar cuerdas para vender en los mercados. Cruzan el villorrio en dirección al extremo del cabo San Vicente, que queda al final de un amplio llano rocoso ocupado por un fuerte relativamente moderno. Allí disfrutan del punto mas al suroeste del continente y toman fotos del faro y los acantilados, aunque aguantando un violento viento del este. Pronto vuelven a Vila do Obispo que queda a tres horas de marcha y de allí a Portimao.

Desde Portimao a la Sierra de Monchique hay media jornada en carruaje. Y hay que tener en cuenta que desde el balneario, en Caldas de Monchique, hasta Monchique pueblo pretenden subir a pie. A medida que se alejan de la costa aparecen colinas repletas de olivos y algarrobos. Y a mas altura, ya en la Sierra, aparecen los *Quercus*: encinas, quejigos y alcornoques. En las zonas mas húmedas encuentran una rara hepática *Anthoceros laevis,* de la que *nous faison ample provision*. Los Baños están cerrados en esta época del año pero queda abierta una panadería donde compran un apetitoso pan recién hecho. Desde aquí siguen a pie por un bello y húmedo bosque donde toman numerosas muestras de plantas y musgos. Solo hacen una parada de mas tiempo para tomar medidas biométricas a una población de orquídeas, *Orchis morio*, a las que han estado haciendo seguimiento en otros países y regiones. El hotel de Monchique es modesto y poco acogedor pero no hay otra opción. La primera excursión será la subida a la Picota, cima sur de la Sierra, a través de un bellísimo bosque de castaños con el suelo lleno de peonías, lirios azules y blancos, lupinus de flor amarilla, jacintos estrellados, dedaleras de flor púrpura, nazarenos, aros, geranios, violetas, prímulas,… Y junto a los numerosos arroyos crece algún rododendro, del que toman varias muestras. Desde la cumbre avistan gran parte de litoral del Algarve. Desde el cabo San Vicente hasta las islas de arena de Faro.

Al día siguiente realizan la subida al pico Foia, el más alto de la Sierra de Monchique, a cuya cima llegan en dos horas. Lo hacen sin guía, cruzando bosques y arroyos, por intuición. Y con la sorpresa de tener que

Bosquete de rododendros en Sierra de Monchique

cruzar un delicioso bosquete de rododendros en flor donde se esconde algún que otro acebo.

Después de las excursiones botánicas por Monchique la expedición viaja hasta Faro. Se alojan en un hotel tan pequeño que no tiene habitaciones para todos, así que se reparten con otro hotel cercano. Allí degustan los mas típicos platos de la cocina algarviense, casi siempre a base de pescado, sobretodo bacalao y calamares,… manjares que no son muy del gusto de los suizos. Al día siguiente siguen su camino hacia Andalucía con breves paradas en Olhao, Fuzeta, Tavira y Vila-Real de Sáo António. Allí embarcan sus bártulos para pasar a la orilla española. El barquero les aconseja que hagan un "donativo" al personal de la aduana para evitar trámites y ganar tiempo. Pero Chodat prefiere la lentitud y el engorro de abrir todo el equipaje antes que ceder al abuso del funcionario de turno.

Drago de la Facultad de Medicina de Cádiz

Ayamonte les recibe en un luminoso día de primavera. Chodat escribe que nunca vio un pueblo tan blanco como este. Todo está pasado por la cal: fachadas, interiores, escaleras, aceras, … *tout est blanc, d'un blanc sans tache*. Solo destaca el contraste verde de almendros e higueras, que le dan el aspecto *d'une cité de l'Arabie où du Sahara.*

La estación de tren más cercana está en Gibraleón. De Ayamonte a Gibraleón optan por viajar en los carruajes del correo español. Describen este desplazamiento como el mas incómodo, sucio y lento de todos los que han hecho hasta ahora. De hecho llegan justo para coger el último tren a Huelva, donde pasan la noche en un hostal que prefieren olvidar pronto. Al día siguiente llegan a Sevilla y se alojan en un buen hotel que les hace reconciliarse con los hospedajes españoles. Tres días dedican a visitar todos los monumentos, museos y jardines posibles de esta animada ciudad del sur de España. Incluso se acercan a la Universidad, donde buscan entre los retratos de profesores el del botánico José Celestino Mutis, al que admiran como uno de los primeros maestros en clasificar la flora sudamericana. El día siguiente es domingo, pero… "domingo de ramos", y como no les atrae la idea de coincidir con la semana santa sevillana deciden partir ese mismo día hacia el sur.

El grupo de botánicos suizos llega a Cádiz, conocida como "una taza de plata sobre el océano". Aunque… después de los pueblos blancos del Algarve y la inmaculada blancura de Ayamonte les cuesta reconocer la blancura de esta ciudad. Chodat la describe mejor como una perla sobre un fondo esmeralda. La define como una ciudad que va ganando en altura lo que no puede a lo ancho. Con un parque, entre la ciudad y las murallas, adornado con bellas especies exóticas. A mediodía los suizos salen a herborizar por las dunas del istmo arenoso que une Cádiz con tierra firme. Cuando vuelven a la ciudad, por la tarde, todo el mundo está en la calle esperando una procesión. Las mujeres pasean con bellos encajes

negros sobre sus cabezas y con más libertad que en Sevilla. Y los aguadores vocean vendiendo agua fresca. Aquí no tienen mas remedio que presenciar el paso de penitentes e imágenes, e incluso oyen a una mujer cantar una triste canción "*une malaguena*", que sin duda confundieron con una saeta.

Antes de dejar Cádiz se acercan *a l'Ecole de Médecine* para ver el bello espécimen de drago que se encuentra en su pequeño jardín botánico.

En tren llegan al Puerto de Santa María, donde quieren estudiar sus dunas fijas, sus bosques de pinos y la ribera del Guadalete. En ese momento la más bella floración es la de las siemprevivas, pero también les interesa estudiar los enebros y otras plantas como la viborera gaditana, la armeria gaditana, la cebolla albarrana,…

En el camino de Puerto Real a Jerez un paisano les convence para que se alojen en el hotel Los Cisnes, del que dice ser el mejor hotel de España. Y Chodat le da la razón escribiendo que es el mejor sitio donde se han alojado hasta ahora. Desgraciadamente no pueden quedarse mucho tiempo en Jerez, aunque les atraiga la invitación a las bodegas de la casa González. Pero desean salir temprano hacia la Sierra, cosa que no pueden hacer por el gran diluvio que cayó durante la noche. A eso de las siete deciden partir con la siguiente ruta: "*remonter la vallée du Guadalete jusqu'à Bornos ou Villa- Martin et, dé là, de gagner par les montagnes, la Sierra del Pinar et Grazalema*". Llueve, aunque menos que por la noche, dice Chodat, pero cueste lo que cueste iremos a la aventura. Después de varias semanas con un tiempo radiante ahora la lluvia azota las ventanas del carruaje, pero la suerte está echada. Viñas, chumberas y palmitos se suceden en el camino. También toros bravos paseando por verdes praderas.

Arcos de la Frontera y el río Guadalete. Foto: V. Freedericksz

La lluvia cesa cuando se acercan a Arcos, una población que deja a Chodat y compañía extasiados. El carruaje, que se ha detenido para abrevar a sus cuatro caballos, lo hace en una posada con un amplio patio encalado y con las paredes llenas de geranios rosas. Describe Arcos como un doble nido de águila coronado por un castillo y una vieja iglesia. Con casas que se arremolinan adaptándose a la montaña y asomándose al abismo vertical. Un perfecto refugio para caballeros o para bandoleros que desde aquí arriba podían dominar la llanura. Las casas están tan juntas como un conjunto de escudos que se protegen del enemigo y en lo más alto descansa un viejo alcázar de muros almenados; mientras, a mas de 150 metros abajo el Guadalete pasa junto al acantilado como si fuera un foso natural de defensa. Luego serpentea como una lámina de plata entre verdes campos. Desde el mirador ven como los buitres vuelan muy cerca y se pierden de la vista buscando refugio en las paredes de arenisca. Todos suben a la torre de la iglesia; un vecino ha pedido las llaves en la casa del cura y con una antorcha les ha guiado por la oscura escalera para tener desde arriba unas vistas aún mejores. Entre las nubes, que apenas se abren, pueden adivinar la pirámide de roca del pico San Cristóbal. Chodat cuenta a sus acompañantes como en otro viaje mas al sur, por la *Sierra de Rompe Coche* (debía referirse a la actual Montecoche) pudo ver a lo lejos, como una aparición sobre el denso bosque, una villa amurallada que coronaba una aislada y perdida montaña, alejada

de toda agitación mundana pero que no tuvo la suerte de poder visitar (podría ser Castellar). Pero ahora, con esta visita a Arcos puede contrarrestar aquel deseo. También compara Arcos con Ronda, una población muy bella y pintoresca, pero prefiere Arcos por encontrarla mas perdida y aislada. *Arcos la Belle, nous ne t'oublierons pas!*

Cuando vuelven al coche el cielo todavía sigue amenazante. El camino sube de manera constante hasta que al final de una cuesta aparece otro pueblo, es Bornos, de casitas bajas y al resguardo de la montaña. En una breve parada del carruaje se bajan y pueden ver sobre una roca dos especies en flor, *Linaria villosa* y la curiosa *Putoria hispanica* una planta cuyo olor *est fort désagréable*. Cuando parece que siguen hacia Villamartín el cochero baja a la plaza principal de Bornos y les dice que sus caballos están muy cansados y no pueden seguir. Buscan un lugar para pasar la noche, solo hay uno, y la posadera les dice que no hay camas libres ni puede prepararles la cena. Desconfiados insisten en que les presten servicio para esa noche. Tras un forcejeo dialéctico poco amistoso al final la cosa se arregla a base de pagar más dinero de lo habitual. Los suizos deben oler a ricos.

Lo que queda del día deciden dedicarlo a herborizar por las colinas cercanas a Bornos. Son laderas pedregosas de roca calcárea pero…, resulta que ese día no deber haber escuela ya que todos los niños del pueblo les siguen y rodean haciendo imposible el trabajo. Ante esta "*impertinente marmaille*" se deciden a gritarles, *a casa!! a casa!!*; por fin se marchan y pueden seguir su tarea. Encuentran muchos ejemplares de la singular *Ballota hirsuta*, un marrubio de hojas gruesas típica del centro y sur de España que también se da en Orán. En un rato identifican unas cuarenta especies, muchas de ellas endémicas del sur ibérico y otras típicas del Mediterráneo meridional.

Al anochecer el patio de la posada se llena de personajes curiosos. Llega otro que se acaba de enterar que hay suizos hospedados y que le dice al propietario "*los suizos serán ricos, pero han debido perder la cabeza para venir a un lugar como Bornos*". Chodat le contesta que en sus viajes por España han encontrado posadas con gente honesta y acogedora; pero el paisano contesta con cuidado "*hay mucho ladrón por aquí*".

Chodat y acompañantes buscan por el pueblo un guía y un arriero con suficientes mulas o asnos para subir todo el equipaje y las cajas a Grazalema. Alguien le contesta "*Aller à Grazalema par les montagnes, vous n'y pensez pas! Le chemin est très mauvais, très mauvais!!*". Y es que los senderos están impracticables, los arroyos bajan llenos por las últimas lluvias y son infranqueables. Chodat contesta que esta situación es normal en Suiza y que están dispuestos a subir. Un arriero se ofrece, no muy convencido, a ir con ellos. Tras negociar un precio aceptable acuerdan que la hora de salida será a las seis de la mañana del día siguiente.

Aún no ha amanecido y llueve sobre mojado, por las calles bajan ríos de agua y el arriero no aparece. Además, la posadera, que aprovisiona a la expedición de aceite, sal, pimienta, huevos, cebollas… quiere cobrar cada artículo ¡¡a precio de oro!! Cuando aparece el arriero este sigue dudando en acompañarles y además quiere cobrar todo por adelantado, algo que les parece injusto y que rompe el acuerdo. Las cosas se complican. Al rato se presenta otro arriero, un hombre mayor, desdentado y que no para de toser que accede a llevar los bártulos en sus tres borricos por un precio justo. Finalmente todo parece arreglarse, aunque la lluvia es tan violenta que Chodat decide retrasar una hora la salida.

La expedición por el camino entre Bornos y El Bosque.
Foto: V. Freedericksz

Apenas llevan un rato de marcha cuando una de las caballerías se atasca en un arroyo. El arriero se tiene que meter en el agua para tirar de ella. Aunque las bestias se hunden constantemente en el barro el grupo camina a buena marcha. Los expedicionarios

llevan los pies empapados y a cada paso levantan *paquets de terre glaise* (lo que aquí llamamos pergañas). Cuando llegan al Guadalete Chodat dice que le parece tan ancho y rápido como el Ródano. Están en el vado pero no saben si podrán pasar. Mientras deliberan, uno de los mas osados alumnos se quita las botas, se enrolla los pantalones y cruza raudo al otro lado. El agua le ha subido de las rodillas pero es posible cruzar. Así van pasando uno a uno, ayudando a las damas (también iban alumnas en el grupo). Están tan mojados que ya no les importa seguir aunque la lluvia no pare.

En veinte kilómetros de camino apenas han visto unas cuantas chozas. Fotografían a pastores, que visten pantalones de cuero y se cubren de la lluvia con unas capas hechas con hojas de palmito. Cuando llegan a las colinas cercanas a Prado del Rey deja de llover y aparecen algunos rayos de sol. Aprovechan para herborizar algunas plantas en zona de matorral. Tras seis horas de marcha por fin encuentran una casa junto al camino; piden entrar y muy amablemente les ofrecen sentarse en torno al fuego para calentarse y secarse; les ofrecen a cada uno un huevo duro y una copa *de vin de Xérès*. Pasado un rato deciden seguir su ruta. Se despiden de la buena gente que les ha acogido y siguen la marcha por el camino embarrado. Al poco alcanzan a otra caravana que se dirige a Ubrique y que les aconseja que no tomen el camino directo a Grazalema, que rodeen la sierra por Ubrique y las villas. Pero la decisión ya está tomada "*nous monterons à Grazalema et, si possible, à la Sierra del Pinar*".

Pinsapo de la Sierra del Pinar. Foto: A. Lendner

Deja de llover y entre las nubes pueden ver algo de esas bellas montañas que tienen delante; aprovechan para descansar y comer un poco de pan y queso. A las cuatro de la tarde llegan a El Bosque. En la posada del pueblo les dicen que es imposible llegar a Grazalema en esa misma tarde. Como no se fían, y no les gusta mucho el hospedaje, se acercan a la iglesia para que el cura les informe; este les asegura que hay unas ocho horas de camino a pie hasta Grazalema. Tras una cena frugal, se ven forzados a una charla algunas con las fuerzas vivas del pueblo (el municipal, el molinero y el propio cura) y asistir a un café donde amenizan la velada un guitarrista y una cantante de flamenco. A eso de las once, cuando se van a dormir, vuelve a llover torrencialmente.

Por la mañana, a primera hora, tienen una nueva discusión con el posadero cuando este les pasa una nota desorbitada habiendo cenado de sus víveres y sin haber dormido en camas. Pasado el trance el mismo posadero los intenta convencer para que no suban a la Sierra, ya que el mal tiempo puede poner en riesgo sus vidas. Chodat recuerda que hasta el cura para disuadirles les juró, la noche anterior, que los pinsapos por los que habían hecho tan largo viaje seguían allí arriba, en la Sierra, a donde no había subido nunca.
Chodat le contestó que el Prof. Neger, que estuvo en Ronda el año anterior para estudiar los pinsapares de la Serranía de Ronda, había publicado que el bosque de pinsapos de la Sierra del Pinar había desaparecido totalmente. Y que ya tenía decidido que iba a subir a la Sierra del Pinar para comprobar tan rotunda y penosa afirmación. Así que aquel grupo de suizos, el arriero y sus tres burros subirían poco a poco y a pesar del mal tiempo por la ladera del valle del Majaceite, que iba a subir allí para comprobar

El paisaje que encuentran, a pesar de la lluvia, es muy hermoso. Caminan entre encinas y quejigos. Atrás queda la villa de El Bosque, rodeada de olivares y con una solitaria palmera sobre las ruinas del palacio de los duques de Osuna, reconvertido en molino de aceite. Arrecia la lluvia cuando se acercan a una pequeña aldea de montaña. Se trata de Benamahoma, a donde llegan tan mojados que chorrean agua. Gente del lugar generosamente los acercan a un fuego para que se sequen y se calienten. Aquí Chodat explica a sus compatriotas que desde Benamahoma hay dos caminos que conducen a Grazalema; uno que pasa por la cara sur de la "*Sierra de San Cristóbal*", el otro sube a la Casa del Pinar, recorre la ladera de la Sierra, pasa bajo el Peñón de San Cristóbal y llega a un alto collado. Este sendero, que es el que tomarán, tiene el ancho justo para el paso de las muy cargadas caballerías. Les cuenta que en aquellos pedregales encontrarán la *Linaria platycalyx*, que describiera el maestro Boissier, especie que únicamente se encuentra en esta región sub-alpina de Andalucía.

Los acompaña un guía de Benamahoma que muy amablemente se ha ofrecido a los suizos; este les señala a la derecha del camino algunos pinsapos sueltos que se mantienen aferrados a las rocas. Cuando llegan al Puerto del Pinar todos se abrazan contentos. Desde allí pueden ver de cerca ese hermoso bosque del abeto que Boissier describiera el siglo anterior y que creían desaparecido en esta parte de la Serranía. También el guía se alegró y emocionó al ver a aquel grupo de extranjeros tan contentos. Se refugian, por poco tiempo, en la casa del guarda del Pinar. Allí hacen fuego, toman leche y comen un *excellent jambon*. Chodat les pide que cojan fuerzas pues queda subir el flanco de la Sierra del Pinar, que está completamente nevada. El camino se adentra por un bosque de quejigos, que en esa época están sin hojas.

Así describe Chodat su paso por el "no perdido" pinsapar de Grazalema: "*Pronto los quejigos se van mezclando con algunos Pinsapos. Y a medida que se asciende el bosque ya es solo es exclusivo de coníferas. La nieve fresca que cubre el sendero aumenta de espesor; sólo bajo los árboles podemos recolectar algunas plantas, típicas de vegetación subalpina. Entre otras Daphne Laureola platifolia, Thlaspi Prolongi, Arabis verna, Saxifraga glaucescens, Ulex baeticus, Erinacea pungen, Ranunculus flabellatus, Umbilicus sedoides, Ptilotrichum spinosum, Helleborus foetidus, Lepidium calycotrichum, Géranium Robertianum, Iberis granatensis, Rhamnus myrtifolia, Sorbus Aria, Prunus Mahaleb,... La nieve está demasiado alta para poder hacer una buena recolección. El sendero cruza ahora a través de un hermoso bosque; árboles con forma regular o en candelabro llegan a los 20 o 30 metros de altura; la impresión es casi la de un hermoso bosque de abetos blancos. El número de árboles jóvenes es considerable; no se puede, por tanto, afirmar que en esta cota de la sierra el pinsapo esté en receso. El bosque aquí es hermoso, sube por la montaña desde los 1.000 a los 1.700 m. En la parte mas baja está mezclado con bellos ejemplares de Quercus lusitanica; pero a partir de los 1.200 m., es perfectamente puro. El suelo es excesivamente rocoso en el sotobosque, y como en nuestros bosques de abetos es pobre en vegetación fanerógama. En cambio hay una gran cantidad de musgos y líquenes. Las especies más abundantes son el Heléboro fétido, el Daphne, un Ulex baeticus muy espinoso y el Bupleurum spinosum. Mas alto la Erinacea pungens el Bupleurum y el enebro son casi exclusivos, como se puede ver con la nieve que ahora hay aquí. Es un verdadero placer ver florecer, en medio de la nieve, las hermosas estrellas amarillas del narciso, pequeños pétalos lilas de Arabis verna, las campanulas, el Endymion campanulatus y los pequeños lirios. Hace un frío muy fuerte, nos movemos con dificultad; el pobre y viejo mulero no para de toser, ha perdido sus zapatos y camina descalzo. El calzado que le hemos montado con algunos paños no se sostiene. A pesar de su tos conserva su buen humor. La noche se acerca y todavía estamos en la nieve; el viento se vuelve impetuoso; a cada momento nos tememos que nuestras mulas caerán por el precipicio con su preciada carga. Hemos sobrepasado el bosque y la capa de nieve es tan gruesa que cubre completamente los*

Llegando al Puerto de las Cumbres. Foto: A. Lendner

arbustos. Entonces la vista se vuelve magnífica; ya no cae lluvia ni aguanieve, las nubes se abren y nos dejan admirar la Serranía con sus crestas escarpadas y sus profundos valles; a veces un rayo de sol ilumina a lo lejos una cresta boscosa o un pueblo del valle del Guadalete: Algodonales.

El cielo se oscurece mientras nosotros caminamos pacientemente sobre la nieve fresca. En lo mas alto vemos la flor de la esperanza, una encantadora violeta, la Viola demetria, que resalta en la rocalla. Por fin, gracias a Dios! llegamos a la máxima altura; una ciudad aparece al otro lado de donde nos encontramos, en el fondo de un circo rocoso y sin árboles: es Grazalema. Estamos entumecidos por el frío; pero la visión de nuestro destino nos reanima y el descenso se realiza con mayor rapidez y entusiasmo que el ascenso. Un camino estrecho y pedregoso nos baja rápidamente hasta los pastizales. Estamos tan mojados que tenemos la idea de pedirle al alcalde de la villa que tome medidas para acomodarnos en casas privadas, para evitar otra nueva experiencia con una mala posada. Grazalema está a 1.200 m. de altitud ¿qué se puede esperar de una población tan alta? Pero al entrar en el pueblo nos sentimos tranquilos: las calles están limpias, las casas son bajas y con rejas negras bien mantenidas, la impresión es la de una villa activa y limpia. En la posada nos reciben como amigos; es espaciosa y cómoda. Nos proporcionan "braseros", una especie de bandejas de cobre en la que se quema carbón. A las damas le dejan ropa seca y chales; mientras que los hombres encontramos en los bolsos alguna ropa casi seca. Después de pasar un buen rato de charla, una buena cena servida con rapidez hizo el resto.

Neger en su interesante trabajo sobre los bosques de Pinsapo en el sur de España dice sobre la Sierra del Pinar: "Por lo que he oído en Ronda, en la Sierra del Pinar ya solo quedan pequeños grupos de pinsapos, los últimos que todavía no han sido convertidos en carbón". Con este viaje al menos hemos puesto fin a la leyenda de que este árbol ha desaparecido de la Sierra del Pinar; y que todo el flanco occidental, a partir de los 1.400 m., está cubierto con un hermoso bosque de más de 7 km de longitud!"

Chodat y sus compatriotas abandonaran Grazalema con buen sabor por el trato recibido en la posada y tras agradecer al arriero de Bornos, que el pobre hombre cada vez tose mas, y al guía de Benamahoma su buen hacer y honestidad. En los tajos calizos que hay sobre el pueblo recolectará una buena colección de rarezas botánicas. Y en el camino hasta Ronda seguirá anotando y herborizando todo lo que la lluvia, que todavía no ha cesado, le deja. Ya en la ciudad del Tajo se hospedan en el Royal-Hotel, donde le conocen de viajes anteriores por la región.

Por el Pinsapar de Grazalema en la Sierra del Pinar. Foto: A. Lendner

En Ronda terminaría esta expedición botánica de académicos y universitarios suizos que, utilizando casi todos los medios de la época (tren, barco, carruajes, caballerías y a pie), viajaron desde Ginebra hasta la provincia de Cádiz para conocer mejor la flora ibérica y asegurarse que el Pinsapar de Grazalema no había desaparecido tal y como se había publicado. Fueron 34 intensos días de la primavera de 1908, llenos de anécdotas, de malos, regulares y buenos momentos; y de mucha botánica.

Basado en el artículo "EXCURSIONS BOTANIQUES EN ESPAGNE ET AU PORTUGAL - A la mémoire d'Edmom Boissier" de Robert Chodat en el Boletín de la Sociedad Botánica de Ginebra, 2ª serie, Volumen I, nº1, de 30 de enero de 1909. Las fotografías también proceden del citado artículo. A pesar de su mala calidad, por proceder de un documento escaneado a baja resolución, he creído de interés reproducirlas aquí ya que se trata de imágenes poco conocidas.

Robert Hippolyte Chodat. Foto: Smithsonian Institution Archives